

LOS RITUALES DEL AGUA EN EL RÍO BRAVO

Tomás Martínez Saldaña
(Albuquerque University)

RESUMEN

El artículo de rituales del agua analiza la supervivencia de ceremonias, danzas y fiestas alrededor del uso del agua en la cuenca del Rio Grande. En ambos lados de la frontera mexicana americana se comparten rituales que son herencia colonial, mesoamericana. Se señala que continúa viva una cultura del agua en las poblaciones y pese a las presiones de la globalización, esta cultura sigue vigente una a la población, le da lenguaje y valores comunes, manifestándose en la simbología de rituales, danzas, festividades que identifican a la población. La importancia de estos rituales se deriva de la herencia cultural que implican, de los procesos de adaptación que representan y de los procesos de identidad que unen a mucha gente con su tierra y su paisaje.

PALABRAS CLAVES: cultura del agua frontera, danzas, Rio Bravo.

ABSTRACT

The study of the water culture in the Rio Grande - Rio Bravo basin in Northern Mexico and Southwestern US, analyzes the survival of ceremonies, dances around the water usage. It is clear that rituals associated to usage of water are common in both sides of the border of the US and Mexico, and they are related to the hispanic and mesoamerican inheritance. Those rituals fetch the root of water culture manifested in language common values, symbols of rituals, dances, parties, festivities and other social interactions. All those manifestations are located in several groups of population of the area. The importance of those rituals is provoked by its cultural inheritance implicated as well as processes of social adaptation that they symbolize to the local people, and also their bonds and identity.

KEY WORDS: water culture, frontier, border, dances, Rio Grande Rio Bravo.

Introducción

En el Norte de México existen pueblos agrícolas cuyo origen nebulosamente se conoce como tlaxcalteca, hecho que pasa desapercibido para la inmensa mayoría de los habitantes y de los estudiosos del norte del país. Este descuido perduró por más de un siglo¹, de tal forma que la historia regional del Norte de México es

¹ La revisión histórica decimonónica y la revisión oficial revolucionaria fulminaron una condena a la herencia colonial ibérica, la que incluyó también el rechazo al aporte agrícola y a la cultura tlaxcalteca.

irreconocible delante de la realidad agroganadera de los pueblos quienes desarrollaron un acervo técnico que por su versatilidad, por su adaptabilidad y su rentabilidad, permitió la sobrevivencia de una cultura material que venció al desierto. Dicha historia ha sido también la herencia del saber de un pueblo agrícola y pastoril cuyo impacto cultural en la economía regional ha sido trascendental, aunque no haya quedado registrado como parte de la historia oficial.

La herencia cultural y el conocimiento técnico de estos pueblos campesinos acrisolaron la mexicanidad durante cuatrocientos años mediante la forja de la agricultura y la ganadería en los eriazos norteros, constituyéndose en el sostén de la transformación al capitalismo mercantil europeo, a través primero del aprovisionamiento de los productos necesarios para la acumulación y la reproducción del capital circulante de la llamada «Ruta de la plata», probando ser un aporte sustantivo para lo que fue la conformación étnica y económica del futuro del país.

Dentro de todo este panorama, la herencia cultural que menos se estudia es la que ha quedado impregnada en las fiestas y en las celebraciones, con la complicación adicional de que en la frontera implica el estudio de dos culturas enfrentadas, dos naciones, dos principios legales y dos economías, aunque hay que matizar esta diversidad entre otras razones porque en el norte se comparte un mismo espacio ecológico ambiental donde el Río Bravo sirve más de canal de comunicación que de separación. Este estudio pretende ver al Río Bravo no como el fin o límite, como separación o desunión, sino como un hilo conductor de vida que define una región, una cuenca y un ámbito cultural, además de ser la fuente que nutre el origen común de *homeland* de mucha gente, donde la lengua, usos y costumbre siguen siendo lazo de común entendimiento.

En esta diversidad y semejanza hay una enorme etnografía que hay que realizar para dar juicios de mayor valor. Este ejercicio se enfoca a reconocer una parte de esa vida cotidiana, fuerza unificadora de dos pueblos y dos naciones. Así el estudio del Río Grande-Bravo permite unir metodológicamente una serie de fenómenos que se dan en ese espacio durante y a lo largo del año agrícola y del calendario religioso y cultural. El estudio hace referencia solamente a la zona fronteriza donde corre el río Bravo, no porque la otra zona sea menos importante sino porque ésta apenas pudo ser descrita de una manera introductoria.

La cultura del agua tal como aquí la concebimos se refiere a las acciones, ritos, rituales, ceremoniales, usos y costumbres del ciclo hidráulico y agrícola además del manejo festivo y ceremonial que se deriva del uso del agua del río. Por supuesto que la religiosidad institucional sirve de cauce en muchas ocasiones para estas manifestaciones rituales de los cambios de estación, las sequías, las temporadas de estiaje y de invierno por ejemplo.

Los rituales del agua en el Río Bravo o Río Grande

El Río Bravo o Río Grande ha conservado rituales del agua desde época inmemorial. Algunos de los rituales prehispánicos han sobrevivido hasta la fecha mezclados

² Casi todos los pueblos que vivieron en la cuenca y ribera fueron pueblos agrícolas y ganaderos. Inclusive hubo algunos recolectores y cazadores, pero también éstos adoptaron formas de vida cercanas al río en su aspecto cultural.

con otros rituales cristianos que llegaron con los frailes y con los tlaxcaltecas que en 1598 se establecieron en San Juan de los Caballeros y en 1610 en Santa Fe del Nuevo México. Las festividades que se celebran con los rituales del agua son las del calendario agrícola y las del calendario religioso cristiano. En el norte del Río Grande las fiestas todavía tienen un carácter comunal, familiar, íntimo. En esta región se celebra la Danza de los Matachines como una aportación de los pueblos de herencia hispano mexicana en los pueblos de herencia indígena nativa. Por su parte, los Pueblo, los Hopi, los Zuni, los Apaches, los Comanches celebran rituales vinculados a la caza, al agua y en especial al culto del maíz. Llama la atención el renacimiento de las danzas como una manifestación de unidad y apoyo frente a los problemas que aquejan a los grupos sociales: los problemas de carencia de agua (hay lugares que en tres años no han regado), de zonas limítrofes o de reclamo de tierras. Es necesario hacer notar aquí que en el norte del Río Grande el derecho y los usos y costumbres tienen una referencia común: el tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848 en el que los agraviados todavía se basan para resolver sus demandas.

Los rituales del agua en el Alto Río Grande

Los valores culturales más significativos encajan en los rituales de la vida y de las estaciones. En la zona del Alto Río Grande sobresalen las fiestas que se vinculan al calendario agrícola y pluvial. El año agrícola y el calendario civil unen festividades de muy diverso rango; pero la vinculación al agua transcurre en su propio lenguaje. Desde una visión laica basada en las leyes de la separación iglesia y estado, la vida neomexicana suena a una interposición de mundos culturales y religiosos que quedó sepultada en el siglo XIX gracias a las leyes de Reforma en México³. En el caso norteamericano los rituales del agua en el Alto Río Bravo implican tres herencias: la indígena, la hispano-cristiana y la indígena mexicana, tal como existían en el siglo XVIII. La no separación de la iglesia y el estado llevó a confundir la estructura de poder, vinculada por años a las cofradías, a las hermandades y finalmente a las mutualidades, y la no-secularización de la vida permitió la manifestación cultural de rituales litúrgicos utilizados más como simbolismos civiles que religiosos.

Estas tres instancias de carácter festivo ritual: los matachines, las danzas indígenas y los hermanos penitentes forman el trío básico de los sujetos que consagran los rituales del agua en el Alto y Bajo Río Grande, se extienden por todo el territorio del Nuevo México y llegan hasta la frontera con México. En el Alto Nuevo México, en el valle de San Luis (ahora parte del estado de Colorado) los habitantes se concentran una vez al año en la ciudad de Pueblo Colorado, donde se celebra con toda algarabía la fiesta del cinco de mayo, que permite que los trasterrados regresen a la comunidad por lo menos una vez al año.

Entre las fiestas más llamativas están la Santa Cruz, San Antonio, las fiestas de Pascua y las de Navidad. Las danzas de carácter nativo incluyen danzas del búfalo, del venado, del maíz realizadas por supuesto en el calendario religioso. Casi todos los eventos tienen una bendición institucional a través de los ministros de la iglesia

³ Hay que recordar que las Leyes de Reforma no llegaron a Nuevo México ni a Texas.

católica cuyas celebraciones incluyen peregrinajes a los lugares del nacimiento del agua. Estas procesiones cívico religiosas reconocen e interpretan el paisaje y hacen que la comunidad lo recupere en un lenguaje agrícola y religioso, aunque la mayoría dejó de ser agricultor hace muchos años. Se reconocen las iglesias de las comunidades rurales, oratorios, moradas santas, descansos, calvarios, camposantos, cruces.⁴

Los matachines tienen su propio ritual que recuerda mucho a México pero reinterpretado en otro entorno. Cada presentación tiene un drama actuado con la Malinche de por medio, la Perejundia y los viejos de la danza, lenguaje común en la forma con las danzas de México pero no en el fondo que ha sido reinterpretado por una cultura que se siente mexicana de nacionalidad pero de ciudadanía americana.

Junto a esta celebración se une las fiestas de Nuestro Padre Jesús y las de San Isidro Labrador que son celebradas por los hermanos penitentes de Nuestro Padre Jesús.⁵ La herencia forja la creación lingüística de otro romance castellano; el de los “manitos”, los hermanitos de nuestro padre Jesús.

No hay que dejar la impresión que estamos ante una sociedad de beatos, no, por el contrario, recordemos que estamos en una tierra de extremos de calores y de fríos: su compleja manifestación lingüística compuesta de herencias hispanas, nahuas, tiwa e inglés permite una profusa expresión que toma del acervo del náhuatl más de cien palabras nahuas; pero donde explota su creatividad es en el lenguaje del cortejo, del tálamo y de la mesa. A un alma discreta le llama la atención el que haya mas de cien palabras referidas al sexo y que su uso lingüístico sea directo y preciso; estamos en lo que se denomina la famosa llaneza del fronterizo que para la idiosincrasia cortés del centro de México raya en la descortesía del norteño.

Los neomexicanos están orgullosos de su herencia pero reconocen que lo que los une a México es una raíz histórica y cultural. Reconocen que fue la frontera la que los cruzó; ellos ya estaban allí, ellos no cruzaron la frontera. A partir de esta herencia y desde el siglo pasado las aportaciones de la cultura americana han sido asimiladas con más o menos problema y los han ido transformando paulatinamente, generando una nueva cultura que ya no es mexicana, sino una cultura encajada en el mundo americano, pero cuya expresión y manifestación ritual se enmarca en una herencia colonial hispano-mexicana. Hay que reconocer sin embargo que los usos culturales que más han impactado esta nueva cultura son el uso institucional del inglés y la educación norteamericana. Pero esa institucionalidad no ha alcanzado esa parte ritual consagrada al agua que viene de la época colonial y conserva sus herencias y sus vínculos con los mundos ya idos de los indios pueblo, de los neomexicanos llegados a ese lejano territorio, de los frailes y curas y de la expresión religiosa de los santeros y hermanos penitentes del siglo XIX.

⁴ Los rituales del agua se dan en el campo abierto, algunas veces en los atrios de las iglesias o en las áreas de cultivo u origen del agua: los manantiales, las presas y las acequias madres.

⁵ Se trata de una hermandad o cofradía de la Edad Media que llegó a Nuevo México y allí se arraigó. Ya no existe probablemente ni en España, pero por el papel trascendente que jugó como estructura social y política además de religiosa, la hermandad continúa su presencia aunque sea en forma simbólica.

Las festividades del agua en el Río Bravo, la parte mexicana

La parte mexicana del Río Grande, llamado en México Río Bravo y que forma la frontera política entre México y los Estados Unidos, en una extensión casi de 1500 Km. Es muy diferente de la porción del Río Bravo en los Estados Unidos: allí el río baja de las montañas, atraviesa un gran cañón que termina en Embudo, Nuevo México y penetra una enorme bajada entre acantilados –tierras secas llenas de Juníperos -permitiendo en esa porción la conformación de un número significativo de sistemas de acequias, ahora controladas por la presa de Cochiti y por un sistema de drenes y presas derivadoras. Aguas abajo el río es controlado por la presa *Elephant Butte* cuyo vaso contrasta en la estepa nuevomexicana y allí sale el agua que se distribuye a la zona de riego de Dña. Anna, a la zona del Paso Texas y al valle de Juárez. En México el río cruza el desierto chihuahuense en su totalidad: inicia su recorrido en Cd. Juárez, continúa al valle de Juárez donde todavía existen algunos restos de la agricultura colonial y casi se extingue en el camino hasta que las aguas del Río Conchos llegan en su auxilio y vuelve a tomar vigor. Llegando a Ojinaga hay otros sistemas de riego y continúa su camino encontrando dos grandes presas almacenadoras, la Falcon y la Amistad. Ahora hay innumerables sistemas de aprovechamiento hidráulico, pero todavía se encuentran sistemas tradicionales en los afluentes desde el Conchos, el Florido, el Río Sabinas, el Salado, el San Juan, con una gran parte de los recursos bióticos sobrevivientes de la época colonial y mesoamericana.

Los cultos del agua en México son tan ricos y variados como en los Estados Unidos, aunque en México se distinguen dos tipos: el primero parecido a rituales del agua de los neomexicanos, rituales casi privados, cuyo significado apenas alcanza a la población que lo celebra. Hay danzantes de la pluma, de carrizo, de machete, moros y cristianos cuya influencia no pasa más allá de la comunidad. Se les ve como parte del folklore y de la leyenda. En los pueblos de la Sierra de Chihuahua todavía hay ritos indígenas del agua de parte de Tarahumaras y Tepehuanes, los hombres de la Sierra en el antiguo San Pablo de los Tepehuanes, hoy Balleza. Inclusive se siguen celebrando en los pueblos ribereños, Santo Niño y Nombre de Dios, los ritos de la unión de los ríos Chuiscar y el Sacramento, tributarios del Río Conchos. Estas celebraciones se repiten en el curso del Río Florido en Valle de Allende y en Cd. Jiménez. Suponemos que ese mismo patrón se encuentra en Nadadores, Nacimiento y Muzquis ahora en los afluentes del Río Bravo en el estado de Coahuila, pero apenas si hay alguna referencia

Pero los rituales más importantes que están en las cercanías de la frontera, que datan del siglo XVII o XVIII y se han celebrado en forma ininterrumpida, son aquellos que se han convertido en ferias regionales, grandes manifestaciones públicas de fe, de tradición y de cultura popular que atraen multitudes. Estos cultos al agua son inéditos en la Unión Americana, pero en México han tomado gran impulso. De éstos sobresalen tres por su mayor presencia de cultura popular y manifestación ritual en torno al agua:

San Lorenzo.- Ahora una barriada de Cd. Juárez, San Lorenzo fue fundado en 1680 por españoles y tlaxcaltecas así como indígenas Pueblo que vinieron a refugiarse de la rebelión de los Indios Pueblo. Se asentaron y fundaron un pueblo horte-

lano aprovechando las sacas de agua que ya existían en las huertas del Paso del Norte, de la misión de Ntra. Sra. de Guadalupe y del Presidio de San José, todos ellos unidos con sistemas de acequias derivadas del Río Bravo. Para 1770 San Lorenzo –nombre que toma de la devoción tlaxcalteca– ya era un pueblo rico en viñedos, en nogaleras y producía alimentos para toda la región. Así, dicha fiesta quedó como el centro de las ritualidades y sobrevivió como ceremonia propiciatoria de las lluvias y de las aguas por quedar en plena canícula, el 10 de agosto. Las danzas todavía tienen elementos tradicionales como las vestimentas, los gorros, las manoplas y los arcos, aunque ha ido ganando la espectacularidad de los danzantes aztecas y los concheros, espectacularidad que también se ve en los pasos de las danzas, ahora más veloces y ágiles, donde el monarca da el paso a seguir y todo el grupo continúa, en contraste con el ritmo lento y cadencioso que tienen las danzas del norte. Estas celebraciones reúnen a gente de toda la frontera y su participación en las danzas permite el reconocer una herencia común.

El ritmo de celebraciones de la Virgen de Guadalupe en la antigua porción del Nuevo México ubicada en el Paso del Norte, hoy Ciudad Juárez y el Paso, Texas, también se celebra como festividad de acción de gracias por las cosechas y al final de cuenta por el ciclo agrícola y pluvial. Sin embargo éstas han perdido su vinculación con el agua ya que los canales han sido cubiertos por el cemento y cegados; las huertas han sido convertidas en edificios y no quedan más que uno que otro árbol frutal o algún álamo en los patios de las casas. Ahora las festividades guadalupanas tienen un carácter urbano y popular, aunque sin perder las características que recuerdan los rituales del agua.

San Miguel de Aguayo, Bustamante.– Otro ritual del agua se da el 6 de agosto pero ahora a mil kilómetros río abajo en riberas del Río Sabinas tributario del Bravo, en el pueblo de Bustamante Nuevo León, a unos 80 kilómetros de la frontera. En ese paraje en el año de 1698 se establecieron trece familias tlaxcaltecas y de indios Alazapas que con el tiempo construyeron un pueblo con gobierno tlaxcalteca y una misión: La iglesia patronal de San Miguel, cuyo patrono principal es El Santo Señor de Tlaxcala, y una pequeña iglesia de San Antonio de los Alazapas. Gracias a un elaborado sistema de riego –que incluye tres grandes acequias derivadoras y un manantial que nace a cinco kilómetros del centro del pueblo –San Miguel se convirtió en un centro productor de alimentos, de alcohol, de pan y de dulces y así se ha conservado por trescientos años, además de haber sido frontera importante y centro de abasto para las caravanas que se introducían a la lejana Texas, y proveedor de conscriptos a las escuadras volantes, así como de remudas a los ejércitos virreinales. La producción de azúcar y alcohol permitió que varias familias lograran hacerse de capitales que se invirtieron en la naciente industria de Monterrey a finales del siglo XIX.

San Miguel organizó sus celebraciones prácticamente desde su fundación. Los documentos de propiedad de la imagen del Santo Cristo indican que para 1712 se inició la veneración y los rituales, que consisten en un novenario y una festividad de tres días como una celebración del agua. Actualmente se ha modernizado con una feria comercial, agrícola y ganadera, con bailes, conciertos, carreras y rifas, lo que atrae a la población local y regional, incluyendo a sus hijos que han ido a buscar trabajo del otro lado de la frontera. Pero no por ello ha perdido su aspecto tradicional: el seis de

agosto la gente del pueblo y los visitantes participan en la procesión por las calles principales de San Miguel en medio de las acequias, las alamedas y las huertas, haciendo en la procesión cerca de veinte descansos donde se venera una imagen de la cruz formada por fruta, cereales o palmas en el suelo a la mitad de la calle donde va a pasara el Santo Cristo. En ese descanso se baila una parte de una danza encabezada por las danzas de matachines y se establecen varios puestos de agua para darla a todos los participantes en la procesión, los cuales acompañan al Santo Cristo como peregrinos del desierto en ritos propiciatorios para las lluvias.

Ntra. Sra. del Chorrillo.- Finalmente el día 19 de marzo, el día de San José, se celebra a Nuestra Señora de Guadalupe del Chorrillo en la Mesa de Hidalgo, a 150 kilómetros de la frontera con Reynosa. Allí también a finales del siglo XVIII fue concesionada una porción de tierras a un noble tlaxcalteca que pasó de la antigua Santa María de las Nieves del Río Blanco, hoy Arramberri Nuevo León, a fundar el pueblo de San Antonio de los Llanos en las faldas de la Sierra Madre Oriental (llanura costera del Nuevo Santander), en lo que se conocía como el antiguo valle del Orreo donde se ubica un manantial del mismo nombre que provee de agua a diversos pueblos y fundaciones agrícolas desde esa fecha y culmina en las pequeñas huertas de San Antonio, hoy Hidalgo, Tamaulipas. La antigua hacienda La Mesa llegó a tener un molino y produjo caña de azúcar así como huertos de cítricos y guayabas. Con el tiempo hubo un uso continuo de agua en campos regados, huertos y arboledas, que contrastan notoriamente con el ambiente seco y desértico de la franja costera distante apenas unos diez kilómetros. Aquí se construyó una ermita a la virgen de Guadalupe que según la tradición se quedó plasmada en una estalactita con forma de virgen y más tarde una capilla que ha suplido a la ermita, un atrio y unas instalaciones para el servicio de los peregrinos. Desde los orígenes de la ermita las fiestas las organizan los mayordomos de la virgen, a quien se venera por ofrecer agua en el desierto. Una vez mas los rituales de matachines están presentes como ritos propiciatorios de las lluvias.

Los tres centros ceremoniales a lo largo de la Cuenca del Río Bravo que se han descrito unen a peregrinos venidos de los alrededores, labriegos, lugareños, devotos y turistas que buscan remedio, agua, identidad, diversión, descanso o un remanso fresco para el calor del desierto. Pero todos se identifican con los rituales que pasan delante de ellos, derrochando color, ambiente, sonido y manifestaciones materiales de usos y costumbres arraigadas con el paso de tres siglos de tradición y de historia, que contrastan con las fiestas comerciales o las apropiadas por la televisión o la propaganda institucional de la iglesia o del estado mexicano, a pesar de contar con nula promoción. Estas celebraciones tienen muchos elementos venidos de Mesoamérica pero también han encontrado desde mediados del siglo XVIII respuestas locales que las enriquecen año con año.

Existen otros rituales que han quedado fuera de los rituales de la frontera pero que cubren el mismo círculo festivo y calendario religioso. Se pueden mencionar las fiestas del Santo Señor de la Expiración en Guadalupe, N. L. el 15 de agosto; el Santo Señor de la Capilla en Saltillo; el Santo Madero en Parras; el Santo Señor de las Angustias, en Venado; el Señor del Tlaxcalilla en San Luis. Todos celebran su fiesta del agua el 6 de agosto, teniendo como símbolo agrícola y religioso un Santo Cristo; pero de ellas sólo las festividades del Santo Madero conservan un carácter

hidráulico y agrícola real; en las demás poblaciones las fiestas son ahora símbolos de pertenencia e identidad.

Los dueños de esas tradiciones.

Muchos de los danzantes, de los que celebran estas devociones, son hijos o nietos de campesinos y agricultores que viven en los pueblos del norte fronterizo, en los estados de Tamaulipas, Nuevo León, en Coahuila, inclusive Chihuahua, además de Zacatecas, San Luis y Jalisco; sin contar a los migrantes que viven a los dos lados de la frontera. Algunos todavía se reconocen como tlaxcaltecas y se enorgullecen de compartir entre ellos los valores, creencias y tradiciones de sus ancestros, a pesar de la lejanía geográfica y del aislamiento histórico en que han vivido. A esto se añade que en esa herencia existen enormes potenciales y riquezas que hoy en día pueden ser explotados y ofrecer no sólo orgullo a sus poseedores sino recursos materiales. Donde hay bailes, danzas y coloquios, las fiestas religiosas, tradiciones culinarias, el habla y la tradición lingüística, hay una base material que se encuentra en la herencia mesoamericana traída por los tlaxcaltecas en el siglo XVI, la herencia botánica reconocida ahora en la herbolaria y en la farmacopea tlaxcalteca, en los curanderos y hasta en la magia blanca que podemos encontrar en linares, en la Petaca, N. L., y en los mercados de las grandes ciudades nortefías; así como en las fuentes de germoplasma de fruta y de verdura. Además, la riqueza culinaria se sigue disfrutando en los pueblos y en las ciudades, y por cierto no se reduce sólo al cabrito a las brasas; la tradición de dulces, panes y postres, todavía nos deleita, así como la tecnología de la deshidratación de productos. Estos sistemas productivos pueden ser modernizados y tecnificados, base para una economía de escala, como lo han sido los dulces de linares.

Conclusiones y Reflexiones

Los campesinos tlaxcaltecas del norte de México son los herederos de una herencia genética y cultural del siglo XVI, amplia, dispersa y omnipresente. Gracias a esta herencia nacieron pueblos en Jalisco y San Luis Potosí que reconocen a los tlaxcaltecas entre sus ancestros. Esta simiente continuó propasándose a Nuevo León, a Texas, así como a Tamaulipas, a Durango y al Nuevo México.

El tlaxcalteca fronterizo desarrolló las estrategias de la cultura de la frontera, se volvió soldado, artesano, así como hombre de a caballo, además de convertirse en un hortelano de oasis, en un agricultor de secano y un cultivador de sistemas de riego en la estepa y en el eriazo; se desarrolló como pastor de rebaños de cabras y ovejas en zonas desoladas. Así, a pesar de los años y cambios transcurridos, reconocemos patrones comunes, riquezas compartidas que nos toca evaluar, rescatar y conservar para la posteridad. Esa es la lección que aprendemos los estudiosos de este proceso y, la obligación ética surgida nos conduce a seguir reconociendo el proceso, entendiendo e interpretando los datos históricos y sociales, y conformando una metodología de trabajo para el rescate y la conservación de la tradición cultural de la que nos sentimos admirados y respetuosos.

La herencia que los campesinos tienen a la orilla del Río Bravo y en muchas partes del norte conlleva la ritualidad observada en las celebraciones del agua y la pertenencia, el valor que da la gente a sus fiestas. La gente ha tomado una decisión, defender su agua, su modo de vida, su cultura y sus recursos. Esa fuerza es la que une a todos los usuarios del Río Grande-Bravo, desde su nacimiento en Creedle cerca de Durango en las Montañas Rocallosas en el estado de Colorado hasta su desembocadura en el Golfo de México. Es fundamental para las ciudades de la zona conservar el agua para usos domésticos, pero también es trascendente el conservar las acequias que le dan protección, extienden la zona ribereña hasta cuatro o cinco kilómetros, dan espacios verdes, permiten la flora y fauna local y facilitan la representación cultural derivada del uso del agua. A ello se une la frontera que divide dos naciones en torno a un mismo lazo común de vida y verdor, pero que suma ahora unos veinte millones de habitantes identificados con el entorno social y cultural que genera el río. La cultura del agua en torno al Río Grande-Río Bravo es un hecho que ya no puede pasar desapercibido por su dimensión, su trascendencia e importancia. Quizá los rituales del agua no sean muestras de identidad para nosotros, pero lo son para la gente fronteriza de siete estados, lo que para ellos es su casa, su tierra, o como diríamos en el norte, mi rancho, mi tierrita, el país, el *homeland*, mi tierra nativa.